

*CARTA A EMILIO DÍAZ-CAATELAR,
REFERENTE A SUS CUADROS MAESTRANTES*



Fig. n.º 37.— Díaz-Castelar, Emilio: *Chiqueros de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla*. Cuadro de la Exposición de sus cuadros que se celebra del 1 de abril al 4 de mayo en el Salón de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

Amigo Emilio:

Me gustan estas pinturas que nos muestran el callado ambiente de los interiores de un coso taurino, ¡y qué coso!

Tus cuadros me evocan recuerdos de mi adolescencia relacionados con esos *entre bastidores* de la Plaza.

A finales de los años 40 y principio de los 50 mi hermano y yo, empezábamos a ir a las novilladas veraniegas, que, a veces, cuando no conseguíamos juntar el dinero suficiente para pagarnos la entrada infantil, nos contentábamos con asistir, los sábados por la tarde, a los corrales de la plaza, para ver los novillos que se correrían al día siguiente. Aun tengo presente el olor y la sensación de frescor de aquellos pasillos. Recuerdo una novillada que me impresionó bastante: Toreaban Cardeno, Antonio Ordóñez y Manolo Vázquez, que resultó herido; y, si la memoria no me falla, creo que esta ocasión Manolo Vázquez se presentaba de novillero en Sevilla.

Por estos años inicio mi afición a lo taurino, con una interrupción de varios años, debido a mi ausencia de Sevilla, y mi residencia en París.

Pero en verano de 1960...

El verano de 1960 lo pasé casi enterito en París. Llovía y llovía. A mediados de septiembre, harto de tanta agua, cogí el tren y me vine a Sevilla, buscando el calor del membrillo. Asistí a una corrida de la Feria de San Miguel: corrida concurso para Manolo González, Jaime Ostos y Curro Romero. Se me despertó la afición.

A la temporada siguiente me aboné y durante 30 cortos años —¡¡parece que fue ayer!!— he estado asistiendo al gran espectáculo que es ver una corrida de toros en ese magnifico marco que es la Maestranza sevillana.

Tus cuadros me traen sensaciones que, temporada tras temporada, he ido viviendo y acumulando en la bolsa de la memoria.

La maestranza estaba pidiendo que un pintor se fijara en ella. Tú le has dedicado toda una serie de cuadros y el resultado es positivo ¡Bravo!

Cuando me hablastes de escribir algo sobre estas pinturas, me gustó la idea.

Ver pintura y gozar, para un pintor, es cosa fácil. Con mirar y conectar los ojos al corazón...

Hablar de lo que se ha visto, ya no es lo mismo.

Y si se trata de expresarlo a través de la escritura, mal me lo pones. Sin embargo, expresar escribiendo lo que veo en tus cuadros maestranteros no me resulta ni difícil ni complicado. Es una agradable tarea.

En una visita a tu estudio, hace unos años, me enseñastes un cuadro que estabas pintando desde la calle Betis y que recogía toda una panorámica de la fachada principal de la Plaza, con el Guadalquivir por delante.

Este cuadro, en cierto modo, servía de unión con la serie que pintaste en el Parque de las Delicias.

Luminosa y de gran belleza plástica, muy entonada en cálidos blancos, esta pintura anunciaba, quizás inconscientemente, toda la serie de cuadros que le dedicarías más tarde al taurino edificio.

Tuviste que acercarte y traspasar el sólido muro enjalbegado que da al Paseo de Colón para adentrarte y recorrer pasillos y escaleras. Sentir el palpito de los corrales, oler el entíercol y orines del ganado, así como los olores del éter y del alcohol. Escuchar el silencio penumbroso y húmedo de

toriles para entrar, por fin, en el alma de esa mansión torera que es nuestra Real Maestranza de Caballería.

La Pintura, antes que nada, es color. Color que dibuja, forma, deforma, transforma, proporciona y equilibra una superficie o soporte, veáse cuadro, hasta conseguir un resultado plástico que satisfaga al autor y transmita al espectador una emoción que puede ser agradable o desagradable.

Esta definición justificaría el arte llamado abstracto, pero no estamos aquí para hablar de ello.

El cuadro puede narrar una anécdota pero de lo que se trata, a mi juicio, es de crear un hecho plástico.

La Naturaleza da la pauta, el pintor interpreta con colores.

Y, sobre todo, están los sentimientos del autor, y del espectador, que más tarde, sabrá extraer toda la emoción y poesía que contenga el cuadro.

Para mi, tus cuadros maestrantes contienen, todo esto. Lo primero que veo en ellos es un canto de toros cálidos que crean una atmósfera, un clima, un ambiente; todo ello gracias a una sinfonía de rojos, amarillos, ocres, tierras, grises y blancos, sin olvidar los azules, que van a transmitirnos toda esa maravillosa arquitectura de los interiores dieciochescos de la Maestranza, donde el olor a Toro es evidencia pura.

La gama es amplia, desde los rojo Puzzovoli, rojo indio, tierra Sevilla, hasta ese toque de bermellón que se transformará en rayo de luz cuando roce el Tablero del callejón.

Hay un color que impera, que yo llamaría *sangre de toro* que se parece en intensidad al *lie de vin* de los franceses.

Los amarillos con la ayuda de los ocres consiguen un luminoso albero que nos trae recuerdo de la cercana Alcalá de Guadaira.

Todos estos elementos cromáticos me llevan a sentir ese regusto, esa tensión, que voy paladeando un día de corrida, al ir acercándome a la Maestranza.

Los cuadros dedicados a los Toriles son los que más impresionan. En mi mente suena una música grave wagneriana. La luz cenital que se extiende a lo largo y ancho del túnel-pasillo ilumina los rojos portones, que están maculados por excrementos, pelos, sangre, rasguños. En la parte superior, a la vista de alguna barandilla, intuyo la presencia de un mirón que vigila y que manipula las colgantes cuerdas que sirven para abrir y cerrar el acceso a los toros.

Empiezo a temer que, de un momento a otro, el presente y denso silencio lo rompa el ronco bramido de un Concha y Sierra. Probablemente berrendo en negro.

O ese otro lienzo, el de la Puerta de Arrastre, con un empedrado que nos evoca el inminente paso de las mulillas. Mi imaginación llena de cascabeles este magnífico cuadro.

Graderíos, tendidos, albero, sol y sombra. La Puerta del Príncipe y mucho más. Cada uno de estos cuadros me traen vivencias, recuerdos, anécdotas; un algo, un detalle, que a cualquier aficionado sevillano puede refrescarle la memoria, sin darse cuenta que la fuerza expresiva del color está presente e imponiendo su poder cromático en lucha continua con el motivo, para atraer la atención del espectador.

Tomo como ejemplo el cuadro dedicado a la Puerta de Cuadrillas, donde el azul del fondo está animando todo el conjunto, llenando de luz la bocana al ruedo, pero que no le impedirá al conocedor del edificio, percibir la puerta lateral que corresponde a la Capilla.

En los bocetos de menor formato, se ve más claramente la importancia que toma el color, cuando éste está en

su sitio, proporcionalmente equilibrado, transformándose en objeto reconocible.

¿Cuándo y cómo el color se convierte en algo indentificable? Ahí está el secreto.

¡¡Viva la magia de la Pintura!!

Muchas gracias Emilio, por esta aportación pictórica al mundo taurino.

Un abrazo de tu amigo Juan Romero.

Madrid, 1996.

